

EL UNIVERSO EN UN CALCETÍN

Y OTRAS PRENDAS CON OLOR A CIENCIA

SERGIO DE RÉGULES

The book cover has a textured, light brown background. It is decorated with several mechanical components: a large yellow gear in the center, a dark metal gear with a three-spoke wheel in the bottom left, a dark metal gear with a three-spoke wheel in the bottom right, a dark metal gear with a three-spoke wheel in the top right, a dark metal gear with a three-spoke wheel in the top left, and a dark metal button in the center. The publisher's logo, a stylized 'B' inside a square, is located at the bottom center.

B

“¡Lluvia en casa!”



EN 2008 MURIÓ el escritor de ciencia ficción británico Arthur C. Clarke a los noventa años. Clarke es bien conocido por haber escrito con Stanley Kubrick el guion de la famosa *2001: Odisea en el espacio*, película de efectos especiales que causó furor en 1968. También se lo conoce por haber predicho en la década de los cuarenta que un día se pondrían en órbita aparatos para ayudar a las comunicaciones, la investigación científica, el espionaje y la guerra, predicción que se cumplió en 1958, cuando la Unión Soviética puso en órbita el satélite *Sputnik 1*.

En cierta ocasión Clarke escribió que toda tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia. Es el tema de incontables películas, el visitante del pasado que se maravilla de los adelantos tecnológicos que para

ser muy entretenido pensar en adelantos tecnológicos del presente y tratar de imaginarse en qué época habrían parecido milagros. La tecnología de la que estamos más orgullosos los habitantes del siglo XXI es quizá la red mundial de comunicaciones electrónicas por computadora. ¿Dónde hay que ubicar el dial de la máquina del tiempo para ir a asombrarlos con internet? ¿En los años cuarenta? ¿En los treinta?

En 1994 me compré en Londres un libro de relatos cortos de Edward Morgan Forster, escritor inglés nacido en 1879. Forster es autor de célebres novelas luego convertidas en películas, como *Una habitación con vistas* y *Pasaje a la India*. Su lado cuentístico es menos conocido, pero inmerecidamente. En mi libro hay relatos que van desde la fantasía, con hadas y dioses griegos que aparecen en la campiña italiana, hasta la ciencia ficción. En el cuento "La Máquina se detiene", Forster escribe: "Imagínense, si pueden, un cuarto pequeño de forma hexagonal como las celdas de un panal.

Aunque no hay ventanas ni lámparas, la habitación está bañada de un suave resplandor. No hay instrumentos musicales, pero el cuarto está lleno de sonidos melodiosos. En el centro hay un sillón, junto a éste una mesa de lectura. En el sillón está sentado un bulto de carne envuelto en frazadas: una mujer de cara blancuzca como un hongo. A ella le pertenece el cuarto.

Las personas del cuento de Forster viven bajo tierra, cada individuo en un cuarto hexagonal del que no sale casi nunca. Se supone que la superficie del planeta ya no es habitable, aunque el autor no explica por qué. Al lector

poco curioso la situación apocalíptica que se narra en "La Máquina se detiene" le puede parecer poco original —¿no ha sido tema de muchísimos cuentos y películas?—, pero la apreciación cambia cuando uno se entera de que Forster escribió este cuento en 1909, mucho antes de las explosiones nucleares, las guerras mundiales y el calentamiento global.

Las celdas hexagonales que sirven de casa a las personas están equipadas con todas las comodidades: luz al gusto, agua caliente y fría, una cama que se guarda automáticamente cuando el ocupante está despierto, un aparato que produce alimentos y medicinas según se requieran... Pero lo más interesante del mundo de Forster es el modo en que se comunican los humanos.

Se oyó sonar un timbre.

La mujer pulsó un botón y la música cesó.

"Supongo que tendré que ver quién es", pensó, tras lo cual puso el sillón en movimiento. El sillón, lo mismo que la música, estaba operado por máquinas, y la trasladó al otro lado de la habitación, donde el timbre seguía sonando con insistencia.

—¿Quién es? —dijo.

Hablaba con irritación porque la habían interrumpido varias veces desde que empezó la música. Conocía a varios miles de personas; en ciertos aspectos las relaciones humanas habían avanzado muchísimo.

Pero al oír la voz de la otra persona por el auricular sonrió y la cara blanca se le llenó de arrugas. Dijo:

—Está bien. Hablemos. Me aislaré. No creo que suceda nada importante en los próximos cinco minu-

tos... porque te puedo conceder cinco minutos completos, Kuno. Luego tengo que impartir mi conferencia "La música durante el periodo australiano".

El sistema de comunicaciones le permite al ocupante de la celda oír música, leer, enterarse de las noticias, hablar con otras personas, verlas en una pantalla, impartir conferencias y asistir a las de otros sin salir de su celda. ¿Les suena conocido?

A Forster no se le escapa que tal prontitud para satisfacer las necesidades de las personas puede conducir a una malsana impaciencia generalizada:

Pulsó el botón de aislamiento para que nadie más pudiera llamarla. Luego tocó el aparato de luz y el cuartito se oscureció.

—¡Date prisa! —dijo la mujer, otra vez con irritación—. Date prisa, Kuno, que estoy aquí a oscuras, perdiendo el tiempo.

Pero aún transcurrieron quince segundos hasta que la placa redonda que tenía en las manos empezó a emitir luz. Un tenue resplandor azul atravesó la pantalla: luego ésta se ensombreció hasta ponerse violeta y la mujer vio la cara de su hijo, que vivía al otro lado de la tierra, y él la veía a ella.

—Kuno, qué lento eres.

Tampoco deja de ver Forster que cuando la tecnología se convierte en magia por lejana e incomprensible, puede inspirar una reverencia religiosa inadecuada:

—Te he llamado otras veces, madre, pero siempre estabas ocupada o aislada. Tengo una cosa importante que contarte.

—¿Qué cosa? ¿Por qué no me la enviaste por correo neumático?

—Porque estas cosas prefiero decirlas. Quiero...

—¿Sí?

—Quiero que vengas a verme.

Vashti observó la cara del otro en la placa azul.

—¡Te estoy viendo! —exclamó—. ¿Qué más quieres?

—Quiero verte, pero no por medio de la Máquina

—dijo Kuno—. Quiero hablar contigo, pero sin la engorrosa Máquina.

—¡Calla! —dijo su madre—. No debes hablar mal de la Máquina.

—¿Por qué no?

—Porque no se debe.

—Te expresas como si un dios hubiera construido la Máquina. Hasta creo que le rezas cuando te sientes descontenta. Fueron hombres los que la construyeron, no lo olvides.

Así, pues, quizá nuestra internet no habría impresionado tanto a E. M. Forster ni a sus contemporáneos de hace un siglo.

Una vez, en un raptó de impudicia, Al Gore, ex vicepresidente de Estados Unidos, se declaró inventor de la *worldwide web*. Falso. La *www* la inventó en los años ochenta Tim Berners Lee, experto en informática que trabajaba en el Centro Europeo de Investigaciones Nuclea-

res; y la red mundial de comunicaciones de la que la *www* forma parte fue creada a su vez en los años setenta por militares estadounidenses. Para desgracia de Al Gore y todos los que se creen padres de una idea, es muy difícil ser precursor absoluto: siempre hay alguien que ideó lo mismo antes que nosotros. ¿Quién habrá ideado estas cosas antes que Forster? ¿Y antes? ¿Y antes...?